

NICETO ALCALA ZAMORA

UNA TUMBA EN EL EXILIO

Niceto Alcalá-Zamora (hijo) leyó recientemente las cuartillas que a continuación transcribimos en el acto de presentación de las Memorias de su padre, don Niceto Alcalá-Zamora y Castillo.

Mi padre falleció el 18 de febrero de 1949. Se han cumplido, pues, ya veintiocho años, y dejó de actuar en la política española en 1936, es decir, hace cuarenta y uno. Desde su muerte se encuentra enterrado en Buenos Aires con una bolsa de tierra española, de su Priego natal, en su ataúd.

Pues bien: ante los anuncios de normalización política en España, sus hijos, de los cuales por una fatalidad el único que se encuentra aquí en estos momentos soy yo, hicimos una exploración para saber si podían venir sus restos a España a reposar en la tierra que tanto amó. Utilicé como conducto un amigo fraternal de toda la vida, desde que éramos niños después condiscípulos en la Universidad. Al principio me dijo: "No hay problema de ninguna clase". Efectivamente, cuando hemos visto regresar a señores como don Santiago Carrillo (y conste que me parece perfectamente bien que se le haya permitido volver, porque creo que España debe ser el hogar de todos los españoles) y a otras figuras similares, cabía suponer que no se opusiese obstáculo alguno a nuestro deseo filial. Pero como no era cosa de traer desde Buenos Aires aquí el cadáver de mi padre para que lo retuviesen en una aduana y después lo reexpidiesen a la Argentina, se hizo el sondeo correspondiente. Me llamó la atención que ese entrañable amigo tardase semanas y semanas en darme la respuesta a algo que él consideraba tan sencillo. Ayer, por fin, me llamó nervioso, avergonzado, no por él, sino por lo que tenía que transmitirme, o sea, la respuesta gubernamental, a cuyo tenor resultaba difícil en estos momentos el traslado de mi padre, porque al tratarse de un

Jefe de Estado, habría que rendirle honores militares, pretensión que jamás formulamos sus hijos, como tampoco la de que se sepultase en el panteón de hombres ilustres, aunque tantos títulos posee para ello.

Repito que mi padre murió hace veintiocho años y dejó de in-

tervenir en la vida pública española en 1936. Por otra parte, había dejado de ser Jefe de Estado, y conozco lo bastante a los militares españoles, a quienes les consta el extraordinario patriotismo de mi padre y su dedicación a los problemas militares, como para poder asegurar que si se procediese a



una encuesta entre ellos, no alcanzaría un diez por ciento y más probablemente ni un cinco la cifra de los que se opusiesen al retorno de sus restos a España.

De nuevo resalta aquí el sorprendente paralelismo de mi padre con don Emilio Castelar, a quien también el Gobierno de la época privó de los honores militares, aunque —insisto— nosotros no los solicitamos para aquél. Así es que debido a tan burdo pretexto, el cadáver de mi padre no podrá, por ahora, regresar a su patria.

Quiero, finalmente, hacerme eco de algunas palabras extraordinariamente certeras, como de ellos, que han pronunciado quienes me han precedido en el uso de la palabra (1), así como responder a la pregunta que me formuló un periodista: la de si creía que de haber continuado mi padre en la Presidencia de la República hubiese estallado la guerra civil. Huelga decir que no soy profeta, adivino ni futurólogo, pero recordaré unas fechas y una cronología que pueden ser una lección no sólo para los republicanos, sino para todos los españoles.

El día 13 de abril de 1930, mi padre, en un discurso histórico pronunciado en el teatro Apolo, de Valencia, se declaró republicano, partidario de una república que los republicanos históricos por sí solos no habrían sido capaces de traer. Fue él quien movilizó las fuerzas de esa clase media española, muchas veces despectivamente tratada, pero que es, en definitiva, quien ha marcado siempre los rumbos de la política española, y más hoy día, en que se ha extendido considerablemente. 14 de abril de 1931: tras una campaña intensísima suya por todo el país, al que literalmente pone en pie, proclama la República desde el

Ministerio de la Gobernación, sin que se derramase una gota de sangre, sin que se rompiese el escaparate de una tienda, sin el más pequeño desorden, en la fecha más gloriosa, civicamente hablando, de la Historia de España.

Durante cinco años, con Gobiernos de las más diversas ideologías, se sostiene con él la República, y el día 7 de abril de 1936 se le destituye en una sesión parlamentaria verdaderamente bochornosa. Un magistrado del Tribunal Supremo de entonces, don Mariano Granados, de notorio izquierdismo, fallecido en Méjico, dijo que se le había depuesto con argumentos de juzgado municipal, si bien discrepo de mi querido amigo en cuanto a la comparación que utilizó, porque estoy seguro de que ninguno de esos órganos de justicia hubiese perpetrado una tropelia semejante. Después, cuando el mal estaba consumado, quienes participaron en la restitución reconocieron su tremendo error: Indalecio Prieto en la revista "Siempre", de Méjico; Félix Gordón Ordás, don Claudio Sánchez-Albornoz, en el "ABC" madrileño; innumerables diputados de aquellas Cortes, don José Maldonado, Presidente de la República en el exilio. De todos esos testimonios traeré a colación uno sólo, muy reciente, el de don Fernando Valera, presidente del Gobierno emigrado, quien a la vista de un artículo del diario colombiano "El Tiempo", donde su autor elogiaba a mi padre, pero poniendo en duda que hubiese sido un gran político, apostilló esa apreciación con una nota marginal autógrafa que ha repartido profusamente en fotocopias y que dice así: "Me complazco en dar a conocer a mis amigos este justo homenaje al que fue dignísimo Presidente de la República Española. Discrepo, sin embargo, de que pueda decirse del señor Alcalá-Zamora que 'no fue tal vez un gran político'. El caso de pilotar la transición pacífica de la Monarquía a la República en el glorioso 14 de abril de 1931, acredita el excepcional talento político de don Niceto. Otra cosa es que no fuera luego debidamente seguido por la opinión, y que las mitologías reaccionaria y revolucionaria desviaran al país —contra su

sabio consejo— del buen camino de la moderación, que nos habría ahorrado el trágico frenazo de la guerra civil y los cuarenta años de tiranía". Esto lo afirma —repito— don Fernando Valera, y yo quiero subrayar ahora (puesto que a los republicanos se nos está *ninguneando*, es decir, negando arbitrariamente la existencia política, mientras se concede vía libre a los comunistas y a una serie de servidores de Franco que en la actualidad se presentan como populares, socialistas, liberales, demócratas, etcetera, con una *destachatez* sin ejemplo) el patriotismo ejemplar, en diversos países, de quienes profesamos la fe republicana. Si al más monárquico de los ingleses le pidiesen una lista de las diez más grandes figuras de su historia, sin la menor vacilación incluiría en ella a Oliverio Cromwell; si al famoso francés medio, a menudo imbuido de debilidades monarquizantes, le hiciesen la misma pregunta, también mencionaría entre los exponentes del más ardiente patriotismo, junto a Juana de Arco, a los republicanos Danton y Gambetta. Pues bien: los republicanos españoles, marginados no sabemos por qué regla de tres, han sido siempre de un patriotismo ejemplar. Citaré sólo unos cuantos nombres: don Emilio Castelar, don Joaquín Costa, don Gumerindo de Azcárate o don Benito Pérez Galdós, el autor de los *Episodios Nacionales*, que integran una auténtica epopeya de la España del siglo XIX, ninguno de los cuales, si hoy viviesen, podrían ser diputados...

Y como postrera refutación a este Gobierno que prohíbe la venida del cadáver de mi padre a España, recordaré unos hechos de notoriedad indiscutible: durante la Monarquía, se elevó un monumento a Castelar, y el segundo tramo de la Gran Vía madrileña se llamó avenida de Pi y Margall, y bajo la República, los monumentos a Alfonso XII y al general Martínez Campos continuaron descubiertos en el Retiro. Pero ahora los restos de mi padre no pueden volver a España para reposar en el panteón familiar del cementerio madrileño de la Almudena, junto a los de su mujer y a los de sus cuatro hijos.